

EPSON

www.fox.com

N A N D O L Ó P E Z

FACILITY
BETA 90

CRYPTOCODE

CRYPTO MEMOR

INDANT

CATION

GAMMA
THETA
LTRA MU
HT ETA
PU - PH
SIGMA

LA LEYENDA DEL
CÍCLOPE
EL DON DE ARIADNA



LA LEYENDA DEL
CÍCLOPE
EL DON DE ARIADNA

N A N D O L Ó P E Z

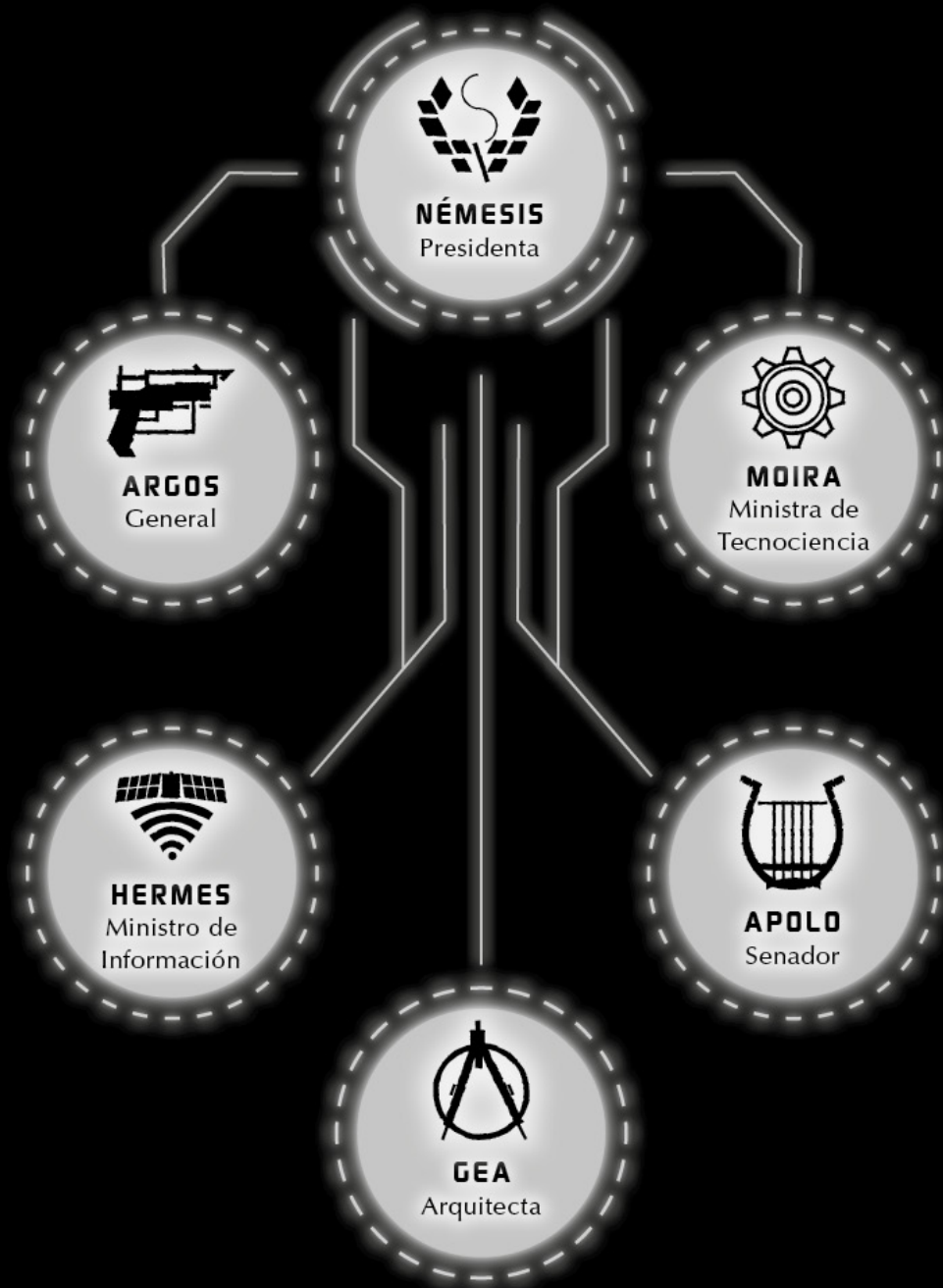
Ilustraciones de
D A V I D B E N Z A L

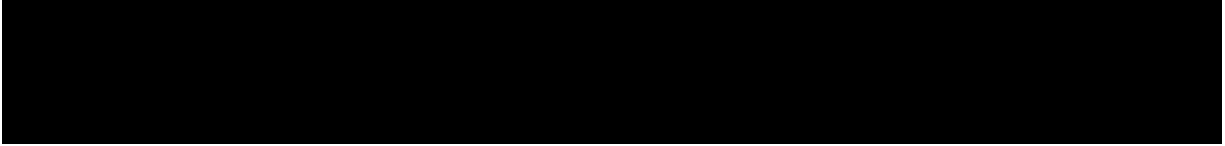




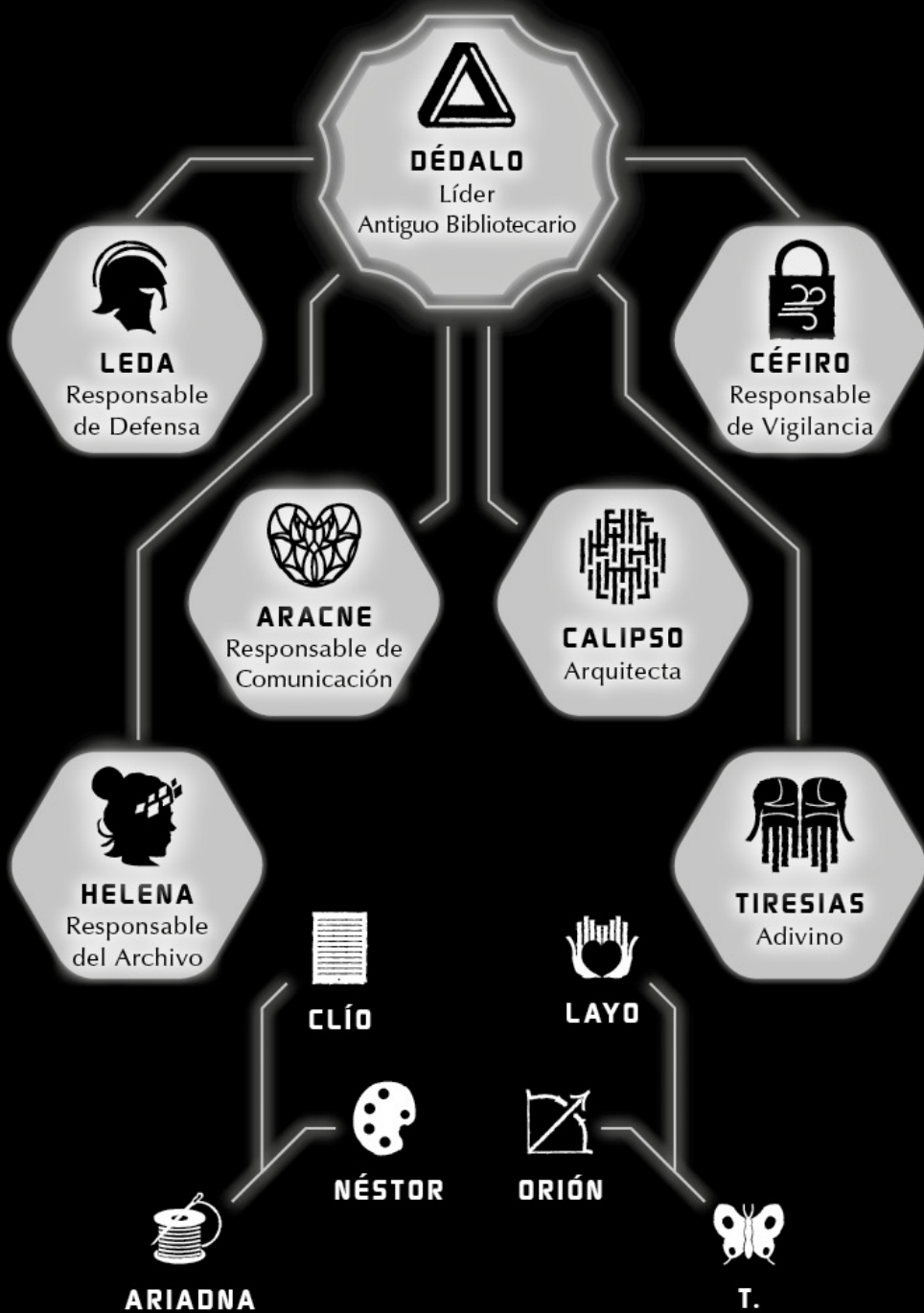
«Solo de las palabras adecuadas nacerá todo lo que el silencio ha
aprendido a robarnos».
Tiresias

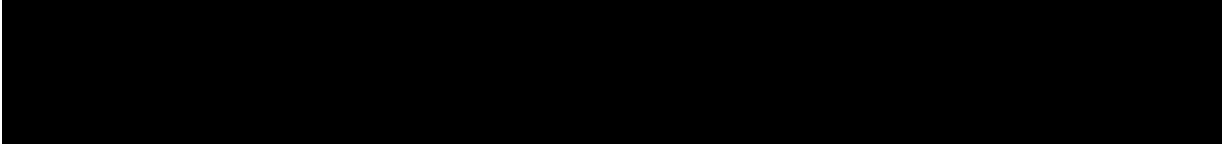
[YPSILON]





ÍTACA







1

YPSILON

La oscuridad no le daba miedo.

Estaba acostumbrada a moverse como una sombra, intentando no ser vista por los Cíclopes, el ejército de cíclopes que, al servicio del Senado, vigilaba las calles de Geonia. Su labor era proteger a los habitantes de la capital de Ypsilon de los ataques de los Rebeldes. Para ello, contaban con un nutrido grupo de Rastreadores: Cíclopes especializados en la búsqueda e identificación de fugitivos.

Ariadna había aprendido a esconderse desde que apenas tenía uso de razón. Fue una de las primeras lecciones que recibió de sus padres, que la entrenaron pronto en las tácticas de los Rebeldes para ponerse a salvo. Por eso, a pesar del aspecto amenazador de los cíclopes que habían dado con el paradero de su familia, Ariadna ni siquiera gritó cuando la encerraron en aquel minúsculo calabozo.

Programados para obedecer órdenes, los Cíclopes Rastreadores superaban en más de un metro el tamaño de un ser humano medio. Su cabeza, mitad humana y mitad robot, estaba coronada por un único ojo, con el que registraban y procesaban toda la información. Les resultó sencillo detenerlos en aquel almacén abandonado del Distrito 16 que tanto ella como sus padres habían elegido como último refugio. Desde que Ariadna recordaba, jamás habían pasado más de un año en un mismo lugar, siempre ocultos en alguno de los distritos periféricos de Geonia – los comprendidos entre el 15 y el 30–, convirtiendo los locales viejos y destartalados que encontraban en un hogar precario y nómada.

–¡Corre, Ari, corre! –le gritó su madre mientras los Cíclopes los esposaban por conspirar contra las leyes del Ministerio de la Información.

Ariadna obedeció la orden de Clío, pero no logró librarse de los Rastreadores. Las callejuelas estrechas y casi laberínticas del barrio, uno de los menos favorecidos de la capital, jugaron en su contra, pues los Cíclopes lograron bloquear todas las salidas y detenerla sin demasiado esfuerzo.

Cuando la atraparon, sintió una decepción profunda, como si estuviese defraudando a su familia por no haber podido huir. Pero ahora, mientras esperaba en su celda a que alguien le diese noticias de sus padres, de nada le valía lamentarse: tenía que actuar. Y, convencida de ello, se propuso demostrar a los Cíclopes que, a sus doce años, no era la inofensiva y desvalida cría que ellos imaginaban.

Buscó en sus bolsillos el ejemplar del libro que siempre llevaba consigo y trató de concentrarse.

Lo había practicado mil veces, cada uno de los días en que, cuando apenas había amanecido, su padre la levantaba de la cama para entrenar. «Es importante, hija», le respondía Néstor cuando ella, aún muerta de sueño, se quejaba de que la despertasen a esas horas... Y hoy, por primera vez, sentía que era el momento de poner en práctica lo que hasta entonces solo había sido un ensayo. Lo que antes era un juego se había convertido en su única oportunidad de sobrevivir.

Abrió las páginas del libro, un ejemplar ilustrado y con las cubiertas medio quemadas. Tal y como le habían enseñado, debía elegir una imagen y concentrarse hasta dibujar en su cabeza, letra a letra, el nombre del personaje que aparecía en ella. Era esencial escoger bien, pues sabía por experiencia que su don no siempre provocaba las consecuencias esperadas.

–Puedes hacerlo –le insistía su padre esos días en que ella solo pedía remolonear durante unos minutos más en su cama.

–Si aún no es de día, papá... –Y Néstor la acariciaba con ternura, como si quisiera pedirle perdón por obligarla a crecer demasiado deprisa, consciente de que el don de Ariadna era, a su vez, una condena que la obligaba a aceptar responsabilidades cuyo alcance no podía imaginar.

–Por eso mismo, pequeña: sabes que no es seguro jugar a nuestro juego a plena luz.

Así lo llamaba su padre: «nuestro juego». Y así lo sentía entonces Ariadna, aunque ahora supiera que era mucho más que eso, porque su

vida y la de su familia dependían de que fuera capaz de ganar la partida.

–Puedes hacerlo –se dijo a sí misma, tratando de imitar la convicción con que Néstor la animaba en aquellas madrugadas. La misma obcecación con la que su madre le pedía que se leyera el libro que ahora tenía en sus manos. Un ejemplar prohibido que, según Clío, debía conocer bien para que el juego, ese que no se debía practicar a plena luz, fuera posible.

–Si no aprendes sus nombres, no podrás utilizar el poder que otorgan sus historias –así justificaba su madre aquellas largas sesiones de lectura, en las que le explicaba el origen legendario de los personajes que surcaban aquel libro, en el que un tal Odiseo trataba, durante diez años, de regresar a casa.

–Son demasiados –Ariadna intentaba memorizarlos, pero muchos de ellos le resultaban difíciles y otros, sin embargo, extrañamente conocidos–. ¿Los cíclopes de este libro son los mismos que nos persiguen?

–No, aunque sí provienen de un lugar parecido... Te aseguro que algún día lo entenderás –le prometía su madre. Pero, ocupadas en los detalles del viaje de Odiseo, jamás tenían tiempo para hablar de por qué el Senado había robado tantas de aquellas palabras para fundar en Ypsilon el Nuevo Orden–. Lo esencial es que lo conozcas bien. Tienes un don, Ari. No puedes olvidarlo.

Cómo olvidar algo que le recordaban cada día.

Algo que seguía sin entender.

Algo que, en cierto modo, le hacía preguntarse demasiadas cosas sobre sí misma.

Un don, sí.

Un don poderoso, como decían sus padres, pero limitado.

Aunque sus invocaciones acababan convirtiéndose en algo real, el resultado no siempre era el esperable. Era como si la magia interpretase libremente sus deseos. Además, solo funcionaba con los nombres sacados de aquel libro. Por eso ahora buscaba la respuesta entre sus páginas...

Necesitaba dar con ella antes de que los Cíclopes la interrogasen, pues se temía lo peor de ese ejército de cibernéticos que no dudaban en usar la tortura. Además, si la registraban, podrían dar con el ejemplar que, milagrosamente, había logrado ocultar bajo sus ropas.

Ariadna ojeó rápidamente algunas páginas. Las conocía casi de memoria, pero nunca se arriesgaba a dibujar mentalmente el nombre del personaje sin antes comprobarlo. Sabía bien que si se equivocaba en una sola letra, el prodigio no se producía. Y ahora necesita encontrar con urgencia algo que...

Al fin. Lo tenía.

Aquel nombre iba a sacarla de la celda.

Se alejó corriendo para cobijarse en un extremo de la habitación y, mientras las susurraba, trazó las letras en su cabeza.

Z-E-U-S

El dios del cielo, del trueno y del rayo.

Esa fue su elección.

En cuclillas y con la cabeza entre las manos, esperó a que se obrara el prodigio.

Solo pasaron unos segundos hasta que estalló una inesperada tormenta y cayó, atravesando fulminante su celda, el primer rayo.



2

EL JUEGO

Acababa de cumplir cuatro años cuando descubrió su poder.

Sus padres, según le contaron, lo habían intuido mucho antes, y fue Dédalo, el antiguo Bibliotecario Estatal, quien les aconsejó que adiestraran a Ariadna hasta que supiera dominarlo.

–Vuestra hija debe aprender cuanto antes de lo que es capaz –les insistió quien se había convertido en el líder de los Rebeldes después del Gran Incendio–. No podéis negarle su identidad.

–No pretendemos negarle nada, Dédalo –se defendió Clío–. Lo que queremos es que esa identidad la construya ella.

–¿Y cómo va a hacerlo si le ocultáis parte de lo que es?

–Pero esa parte de la que tú hablas –se lamentó Néstor– podría costarle la vida.

–O podría ser la que salvara las vidas de todos los demás.

–¿De qué estás hablando?

Dédalo adoptó un tono misterioso:

–«Solo de las palabras adecuadas nacerá todo lo que el silencio ha aprendido a robarnos».

–¿Y qué se supone que quiere decir eso?

El antiguo Bibliotecario se encogió de hombros.

–Solo Tiresias lo sabe...

–Ese viejo loco –refunfuñó Néstor, que creía que aquel hombre que presumía de ser adivino, y a quien nadie tenía acceso, no era más que un charlatán.

–Él es quien dejó escrito que vuestra hija heredaría ese don. Así que quizá no esté tan loco si acierta con cuestiones tan delicadas como esta.

—¿Y qué más escribió? —preguntó Clío temiendo que, además de adivinar el poder de Ariadna, también hubiera sido capaz de anticipar su futuro.

—Nada que os pueda decir aún —se excusó Dédalo—, pero formadla. Por favor. Educadla en el uso de su don.

Tanto Clío como Néstor recibieron aquel consejo con inquietud. Las palabras de Dédalo, al igual que su alusión a Tiresias, confirmaron lo que ambos se temían: el destino de Ariadna estaba marcado por sus poderes, de modo que aquello que la hacía más fuerte también la volvía más vulnerable. El riesgo que entrañaba su don era el precio que debía pagar por poseerlo.

Desde aquel día, Clío se aplicó a la tarea de enseñarla a leer. Ariadna se quejaba cuando veía aparecer a su madre cargada de cuadernos y lápices, con los que pretendía que aprendiera a dominar cuanto antes el manejo del arma que habría de empuñar en el futuro. Entonces ella ni siquiera podía imaginar el alcance de su poder, pero acababa cediendo ante los relatos llenos de dioses y héroes que su madre sacaba de las páginas de un viejo libro. Un ejemplar de la *Odisea* con las cubiertas medio devoradas por culpa del Gran Incendio y que pronto aprendería a proteger de cualquiera que quisiera destruirlo.

—¡Pero si solo hay letras! —protestó la primera vez que lo tuvo delante.

Clío interrumpió la lectura y se levantó en busca de algo.

—Toma —le dijo entregándole unos lápices—. ¿Por qué no haces tú los dibujos que faltan? Yo te leo y tú lo vas pintado.

Ariadna se puso manos a la obra, dispuesta a llenar su cuaderno con escenas inspiradas en aquel libro tan serio y lleno de palabras, donde se contaba el regreso de un héroe hasta Ítaca, la isla en la que había vivido antes de ir a la guerra.

¿Cómo era posible que ese tal Homero no hubiera hecho un solo dibujo? Ella estaba decidida a arreglarlo, así que trazó en un papel la silueta de una sirena, uno de los seres fantásticos que aparecían en el texto y de quienes se decía que hipnotizaban a los marineros con sus cantos.

La dibujó con una larguísima melena pelirroja, igual que la de su madre. El mismo color fuego que había heredado ella. En realidad, el único rasgo que compartían, pues ni los ojos menudos y negros de